

GABRIELA WIENER

NOUVEVE LUNIAS



VIAJE ALUCINADO A LA MATERNIDAD

El mes en que cumple treinta años, Gabriela —una escritora peruana y «periodista kamikaze» que se gana la vida en España publicando artículos sobre sexo— está en un hospital, recuperándose de una intervención quirúrgica, cuando se entera que a su padre le han detectado un cáncer de colon, que una de sus amigas acaba de suicidarse y que la revista para la que trabaja ha cerrado definitivamente.

Abatida y sumida en la incertidumbre, el futuro se le presentará en forma de dos inoportunas líneas rojas en el *Predictor*, reveladoras de que esa náusea vital que la embarga es en realidad un embarazo inesperado.

Nueve lunas es una exploración narrativa de los mitos de la procreación. Una guía secreta para las que quieren ser madres a toda costa y las que detestan la idea de serlo, pero también para el *voyeur*, el donante de semen, el sátiro y el aspirante a padre con babero. Son nueve escenas de un *reality* obstinado en amargar la dulce espera con arranques parricidas, recuerdos de abortos adolescentes, lecturas matrofóbicas, delirios biotecnológicos y partos sin anestesia, narradas desde la desconcertante, afiebrada y lúbrica subjetividad de una embarazada que teoriza sobre nuestra necesidad neurótica de perpetuar la especie.

Para Elsi
Para Lena

1

DICIEMBRE

En estos últimos meses, nueve, para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor siempre tienen que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo.

Hace nueve meses no sabía que una serie de eventos relacionados con esas entradas y salidas iban a converger aquel noviembre, el mismo mes en que cumplía treinta años. A mi padre le detectaron un cáncer al colon, Adriana se suicidó lanzándose de la ventana de un hotel y yo yacía en la cama de un hospital de la sanidad pública española recuperándome de una cirugía considerable. Al volver a casa estaba destrozada por las noticias y físicamente muy débil. Apenas puedo recordar los días que siguieron a mi operación. Fueron dos semanas de un invierno especialmente frío, en las que necesité la ayuda de J para casi todo. Para cortarme el filete, para lavarme los dientes y limpiar mis heridas.

Me habían extirpado unas glándulas mamarias excedentes que tenía bajo las axilas y casi no podía mover los brazos. Tenía dos cicatrices enormes de las que brotaba un catéter que iba drenando sangre oscura. Había decidido operármelas porque, además de ser muy poco estéticas y molestas, los médicos me habían asegurado que un día muy lejano, cuando decidiera tener hijos, se llenarían de leche y me ocasionarían terribles molestias. Así que decidí que debía cercenarme lo que yo veía como una deformidad, aunque la cosmovisión mágica de mi madre se empeñara en

recordarme que en otras épocas a las mujeres con mamas supernumerarias las quemaban por brujas: para ella, mis dos tetas de más podían tener poderes sobrenaturales.

Fue una intervención sin complicaciones pero la convalecencia estaba resultando muy dura. Por si fuera poco, los antibióticos que me habían recetado para prevenir una infección parecían perforarme el estómago.

El día del cumpleaños de J, solo pocas semanas después, seguía sintiéndome tan incómoda que decidí quedarme en casa. No suelo perderme los cumpleaños de mis maridos, así que fue un poco raro. Ahora, además de un intenso dolor de barriga, tenía náuseas. Al día siguiente, cuando debía volver a la oficina, no pude levantarme. Estaba demasiado cansada. Vomité toda la mañana. A medio día, J me llamó para ver cómo seguía pero también para darme una noticia.

—No te pongas nerviosa, ¿OK? La revista cierra. Se acabó.

Mi padre con pronóstico reservado.

Mi amiga lanzándose al vacío.

Mis glándulas mamarias arrancadas de cuajo.

Y ahora había perdido mi empleo.

J atravesó la puerta con un test de embarazo en la mano. Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un *coitus interruptus* permanente. La verdadera promesa, antes que amarte y respetarte toda la vida, es «Te juro que no me corro dentro». Y es la primera en incumplirse.

Hay una rebelión secreta, estúpida quizá, pero rebelión al fin, contra el mundo adulto, o contra cualquier cosa, en no tener nunca un condón en la mesita de noche. Siempre me ha parecido el sumo de lo excitante la manida escena en que los amantes están a punto de estallar y algo ocurre. Así, el que pudo ser un buen polvo, su sola posibilidad truncada, lo convierte en el mejor. Ningún polvo cualquiera completo puede superar a uno perfectamente incompleto.

Correrse fuera es como retirarte en el pico de tu carrera, como escribir un libro de cuentos magistral y desaparecer, como suicidarte a los treinta años.

Enmudecimos por unos segundos mirando el Predictor como quien mira el arma con el que va a suicidarse. Un test de embarazo es siempre una presencia intimidante, sobre todo si eres un flamante desempleado.

Tuve que orinar en un tubo, echar unas gotitas sobre aquel bicho blanco mientras J leía las instrucciones y por fin quedó claro que dos rayas quieren decir que sí y una raya que no. Según consta en la caja, este test casero tiene 99 por ciento de efectividad si el resultado es positivo, en cambio si es negativo hay un margen de error mayor y la prueba debe repetirse días más tarde. No sé cuántas veces me había hecho esta prueba en mi vida con resultados casi siempre negativos.

Las mujeres jugamos todo el tiempo con el gran poder que nos ha sido conferido: nos divierte la idea de reproducirnos. O de no hacerlo. O de llevar bajo un vestidito lindo un vientre redondo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad te atrae como un abismo.

En el papelito también decía que los test de embarazo miden la presencia en la orina de una hormona llamada Gonadotropina Coriónica Humana. Esta hormona, llamémosla por su nombre de pila, Gona, llega a la sangre luego de aproximadamente seis días posteriores a la concepción, cuando el huevo fertilizado se implanta en el útero. En los cinco minutos que le tomó decidir al aparatejo qué ocurriría con mi vida, pasaron ante mis ojos, en cámara lenta, todas las veces que había hecho el amor en el último mes, esperando identificar el día fatal. Finalmente, los dos barrotos rojos se dibujaron velozmente como la palabra fin en cualquier película.

—Es la última vez que trabajamos juntos —le dije a J.

Ahora sí podíamos decir que toda una familia se había quedado en la puta calle, y de cara a la Navidad más fría de los últimos años, según el hombre del tiempo. Aunque el hombre del tiempo suele equivocarse.

Dos gametos forman un cigoto. Me gusta cómo suena la fórmula de la fecundación. Es matemática pura. Las sensaciones más poderosas al descubrir que estás embarazada tienen que ver con la irrealidad de las matemáticas. Te han dicho que está ahí, que irá multiplicando su tamaño, que ahora tiene la forma de un cacahuete, después la de una cereza y así, pero no lo ves, ni lo sientes. Está la opción de pagar doscientos euros para que una de esas máquinas ultramodernas llamada ecosonógrafo te muestre qué hay dentro, pero por ahora solo podía permitirme acudir a testimonios directos. A una mujer un embrión de cuatro semanas le parecía un langostino, a aquella un guisante, a otra un pececito y a alguna otra un punto a lo lejos. ¿Por qué será que la maternidad nos llama de inmediato a la divagación lírica y nos sitúa al borde de la estupidez? ¿Será la sola posibilidad de tener a nuestro lado a un bebé con cara de monito asustado lo que dispara esa ternura desbocada? Decidí escribir mi propia figura literaria zoológica: «A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar».

Lo cierto es que todavía no se ve nada. Solo el saco gestacional precoz de menos de diez milímetros de diámetro, la bolsa donde crecerá el feto. Qué horrible palabra es «feto»: suena demasiado parecido a feo. La apariencia de un embrión no puede ser otra que la marina. Su forma no es humana. Tiene cola. Mide de dos a cuatro milímetros y sus ojos son como el par de puntos negros que a veces encontramos en un huevo crudo antes de echarlo a la sartén.

En mi vieja enciclopedia del cuerpo humano leo que en un embrión ya puede atisbarse la columna vertebral, los

pulmones y el resto de órganos, todos a escala milimétrica. Sin embargo, el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo. Hace algunas décadas se sostenía que el bebé del hombre atravesaba todas las etapas de la evolución en el vientre de la madre, que tenía agallas de pez y cola de mono. Era verosímil. Luego se probó que esas no eran ni agallas ni esa en realidad era una cola, pero al ver las imágenes de la evolución del feto bien podría concluirse que el embarazo es el tráiler de la película de la vida. ¿Te gustaría ver la peli completa?

Los libros no te preparan para lo que se viene. Los manuales para embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica. Todos dicen: sentirás un poquito de náuseas por la mañana, tus pechos se volverán tensos y sensibles, sentirás sueño y ganas frecuentes de orinar. Ah, eso sí, «no fumes, no bebas café ni Coca-Cola, no tomes drogas, aléjate de los rayos X». ¿Cómo demonios soportar este estrés sin al menos una lata de Coca-Cola? ¿Cómo es que hasta ahora no se ha sintetizado una droga de diseño para embarazadas? Éxtasis prenatal, LSD para gestantes, algo así.

Para empezar no son solo las náuseas, el malestar vital que te embarga al despertar se parece a la sensación de amanecer con resaca y mala conciencia al mismo tiempo, a despertarse después del velorio de un ser querido o a ver la luz al día siguiente de perder al amor de tu vida. Las náuseas me atacaban en los momentos y en los lugares menos indicados. Comencé a pensar que revelaban cierta psicología en mi relación con las cosas. Por ejemplo, siempre me daban náuseas cuando tenía que hacer algo que no quería hacer, como ir a comprar pan muy temprano en pleno invierno. También aparecían delante de cierta amiga muy querida. Siempre que la veía tenía que irme al baño.

Ni qué decir de mis pechos, me dolían al más mínimo roce. Pero ellos no eran los únicos sensibles. Era toda yo.

Nunca imaginé que podía llorar con uno de esos horrendos *talk show* conducido por una falsa mosquita muerta que entrevista a hijos que buscan a sus madres y vecinas que se odian; pero lloraba, y a mares, sobre todo con historias como «Su marido le era infiel con la vendedora del todo a cien... ¡Qué pase el maridooooo!». Yo, una persona con estudios superiores, criada en un hogar en el que se escuchaba Silvio Rodríguez y Quilapayún, me encontraba en posición fetal bajo la frazada y mi único cordón umbilical con el mundo era el control remoto. Y alguien había presionado la función *slow*.

Pasé largas horas viendo telebasura, durmiendo y soñando que daba a luz a un mono.

Mi hermana y yo teníamos un juego. En voz alta solíamos decir: «Vamos a jugar a la mamá y a la hija». Siempre éramos mamás y siempre éramos mamás de unas hijas. El mundo de la maternidad era un mundo entre mujeres solas. Ser madre era muy fácil: consistía en ponerles nombres a nuestras muñecas, cubrirlas con una frazada y peinarlas. Y cuando la guionista era yo, siempre debía ocurrir una desgracia, un terremoto devastador, por ejemplo, que impregnaba de dramatismo a nuestro papel maternal. Nuestras muñecas lloraban y nosotras las protegíamos de los vientos huracanados y las llevábamos a un lugar seguro. Era hermoso ser madre cuando corríamos peligro, eso te hacía una madre mejor.

Barcelona parecía un buen lugar para dos periodistas ingeniosos con aspiraciones literarias que creían en las posibilidades de sus currículums pero no para dos periodistas aspirantes con un hijo. J y yo habíamos llegado a la revista *Lateral* a trabajar primero por nada y luego por poco. Pero estábamos contentos de poder dedicarnos a lo nuestro luego

de una temporada trabajando en algunos de esos empleos inventados para explotar inmigrantes sin papeles. No habíamos venido en cayuco pero nuestro estatus de estudiantes extranjeros nos ponía directamente en el más bajo escalafón laboral.

Aquí a nadie le importa lo que hayas hecho antes en algún lugar del hemisferio sur. De nada te valdrán tus libritos autopublicados. Ni ese máster de nombre rimbombante que viniste a hacer. De nada te servirá decir que publicaste en los medios más importantes de tu país y que ganaste un premio.

Por eso terminarás trabajando gratis como el becario más viejo que se haya conocido. La base tres no es precisamente una lustrosa pista de despegue.

Súmale a eso que en esta ciudad se habla catalán y que los catalanes quieren que les hablemos en su lengua, aunque ellos sean perfectamente bilingües, por lo tanto suelen sobre todo ofrecer buenos empleos a gente que lo habla. Los catalanes son supersimpáticos en muchas cosas pero con el tema de la lengua son unos pesados.

Y aunque no tengas idea de cómo se hace, intentarás ganar dinero en el boyante mundo de la restauración, o sea como camarero sirviendo paella marinera. Colaborarás con los especuladores de la burbuja inmobiliaria vendiendo pisos de ancianitas desahuciadas. Repartirás correo comercial de puerta en puerta arriesgándote a ser mordido por un perro feroz o serás una voz al teléfono vendiendo lo que sea.

Lo bueno de Barcelona es que existe una graciosa fiesta en la que la gente intercambia libros por rosas. Es una especie de día de los enamorados, pero en lugar de ir al cine las parejas se van de compras a una librería. Eso te da la sensación —no siempre correcta— de que estás rodeado de gente sensible y culta. Aquí los quioscos rebosantes de periódicos y revistas de la Rambla parecen los estantes de los supermercados. La gente lee en el metro, aunque luego

te das cuenta de que leen a Coelho y Dan Brown. Aquí el equipo de fútbol local siempre gana. Y, quieras o no, ese espíritu ganador se contagia.

Quizá por todo eso era hasta agradable dejarse explotar por una publicación literaria hecha por gente tan divertida e ilustrada como el director de *Lateral*, Mihály Dés, un intelectual judío nacido en Hungría y radicado hacía muchos años en España; y por su jefe de redacción, Robert Juan-Cantavella, el jefe más joven, rockero y guapo que uno soñaría tener. Mihály se hizo empresario para gestionar el sueño de la revista independiente y había hecho hasta lo imposible por mantenerla a flote durante once años, pero las deudas la habían terminado de hundir. Al menos, justo antes de que enterrara el pico, habíamos conseguido que *Lateral* nos hiciera a J y a mí nuestro primer contrato de trabajo en España, aprovechando la regularización masiva de inmigrantes que hizo el gobierno. Así, habíamos cambiado nuestro estatus de estudiantes a residentes con trabajo legal. Pero teníamos que conseguir otro trabajo cuantos antes o perderíamos nuestra precaria legalidad.

¿Qué haríamos con un hijo fuera del Perú? ¿Lo vestiríamos con ropa del contenedor, lo haríamos vivir con cinco estudiantes borrachos, le sacaríamos su carné del Barça? Seguro le diríamos que el trabajo no dignifica al hombre. Le enseñaríamos a no tomar taxis porque son muy caros y a montar bicicleta bajo la lluvia. Lo llevaríamos los domingos a Ikea. O mucho mejor, lo prepararíamos para recoger una vez a la semana de la basura electrodomésticos casi nuevos. Le compraríamos ropa en Humana, esa cadena de trapos de segunda reciclados por gente que respeta el medio ambiente. Lo llevaríamos a hacer las compras de la semana al Día, ese supermercado decadente en el que chocan sus carritos en el mismo pasillo indigentes, ocupas y jubilados desatendidos. Y si todo esto no lo convenciera le diríamos que siempre podrá beber café y comer cruasanes hojeando *El País* en una terraza llena y acariciada por el sol del medio

día, a la hora en que otros se rompen el lomo. Y que lea a Henry Miller. Hijo mío: Europa es el mejor lugar para que un latinoamericano se muera de hambre y beba buen vino. Bienvenido.

Al bajar a tirar la basura, cogí un periódico gratuito y por casualidad me encontré con el típico titular sobre la inmigración: «El quince por ciento de los nacimientos en España son de hijos de inmigrantes». Así somos, nos vamos a la cama con muchas ganas y terminamos equilibrando la balanza demográfica en un país que tiene el récord mundial de la natalidad más baja. Solo gracias a nosotros en España hay más nacimientos que muertes. Pero más abajo pude leer otro titular en letra pequeña: «La tercera parte de los abortos en España son de inmigrantes». En el artículo, un médico declaraba que atendían a muchas mujeres sudamericanas que llegaban desangrándose «por haber tomado aspirina y perejil». ¿Eso funciona?

Mi primera visita obstétrica, en lugar de oficializar la noticia hizo que todo pareciera aún más irreal. La seguridad social no incluye gollerías como ecografías cada vez que se te antoje hacerle cuchi cuchi a tu embrión. Aquí no existe, como en Lima, un centro de diagnóstico por cada hostel de sexo al paso. Por eso estaba obligada a esperar hasta febrero para la primera ecografía, la del primer trimestre. Tendría que vivir así. La única noticia clara sobre este hijo me la habían dado un par de rayas rojas. Iba a pasar las navidades y recibiría el nuevo año sin ver para creer.

La finalidad de la visita era entrar en contacto con la comadrona, la persona que hace el seguimiento de la mujer preñada mes a mes. Con la ginecóloga solo hay tres visitas programadas antes del parto. La comadrona no es un médico pero sabe todo sobre embarazadas y bebés. Ellas son las versiones hospitalarias de las vecinas autodidactas de otras épocas que venían a asistirte a casa y cortaban el cor-

dón umbilical con los dientes. Eulalia apareció con su corto y rizado pelo cano, su bata blanca sucia y esos inexplicables zapatos rojos de taco alto que siempre se ponía sin *pantys*. Me invitó a pasar y ajustando sus gruesos lentes se dispuso a escribir mi historia médica. Me dio un cuadernillo morado que decía: «*Carnet de l'embarassada*».

—¿Tienes antecedentes familiares de enfermedades cardiovasculares, cáncer, anomalías congénitas, embarazos múltiples...?

Mi abuela había sido diabética, a mi padre le habían cortado un trozo de intestino, varios familiares habían muerto víctima de un infarto, mi tía abuela por un cáncer de mamas. Con su letra de casi médico, Eulalia iba apuntando algunas de las cosas más tristes de mi biografía con un estilo probablemente similar al que usaba para anotar la lista del mercado. Cuando llegamos a mis antecedentes, mencioné mis recién suprimidas glándulas supernumerarias y un quiste que me habían sacado hace unos años del ovario derecho. También tres abortos provocados. Me sentí un poco acabada.

—¿Cuál es tu FUR?

—Mi... ¿FUR?

—Sí, la Fecha de tu Última Regla.

Le dije que no sabía cuándo había sido mi FUR. Siempre he odiado ese momento en que el gremio de ginecólogos, justo antes de introducirte un aparato para auscultar tus entrañas (que se parece peligrosamente a un exprimidor de naranjas industrial), me pregunta por mi última menstruación. Porque en ese instante en que me lo preguntan se me borra de la cabeza. Con el tiempo decidí no confesar que no lo recordaba y de un tiempo a esta parte siempre decía «el once», mi número de la suerte. Sacó una rueda de cartón y empezó a jugar con ella para calcular la semana de gestación en que estaba y la fecha probable de alumbramiento. Tu repollo, dijo, nacerá en agosto. La palabra repollo activó en mí los recuerdos de unos exitosos muñecos,

«Los repollitos», que yo misma había tenido de pequeña. La canción de la publicidad era muy cruel: «Los bebes repollitos nacieron de una flor / ¿Quién los va a cuidar? / no tienen mamá». Así una niña de seis años era chantajeada emocionalmente para adoptar una criatura con cabeza de plástico y cuerpo de trapo que pagarían papá y mamá.

—Acuéstate aquí, por favor.

Me tendí en la camilla. Eulalia —que luego supe, era además de comadrona una insospechada cantante de *gospel*— me levantó la camiseta y empezó a toquetear mi barriga, que no mostraba ninguna novedad.

—Ahora escucharemos su corazón.

Por fin pude comprobar que algo vivo, que no era mi alma, me habitaba. Puso un monitor de ultrasonido sobre mi panza. Al principio el silencio era absoluto. Eulalia movía el aparato de un lado a otro y empecé a creer que tal vez yo era una especie de perra loca con uno de esos embarazos imaginarios. Hasta que por fin el consultorio se llenó de un «pum pum» extravagante.

—Este es su corazón.

—...

—Y este es el tuyo.

La diferencia de ritmo era vergonzosa. El corazón de un feto late a una velocidad de 120 a 160 latidos por minuto, mientras que el corazón adulto late solo 76 veces en un minuto. El corazón de un feto es en proporción nueve veces más grande que el de un humano. Desde el decimoctavo día late y late sin detenerse hasta el momento de nuestra muerte. El ruido de ese músculo es casi la primera manifestación humana. Alguna vez, nosotros también, fuimos apenas un palpito. Solo mucho después nos volvimos más grandes que nuestros corazones.

Al salir de la consulta, leí en la revista *Mi bebé y yo*, a la que Eulalia acababa de suscribirme, que para esta navidad, entre tanto iPod y reproductor MP3, había aparecido un minículo que utiliza la tecnología doppler para escuchar los

latidos de un nonato en el vientre materno. «Sin necesidad de ir al médico», dice el anuncio y «gracias a una conexión de cable» se pueden grabar los sonidos o conectar un teléfono para compartirlos con otros: por solo 69 euros, «podremos también sentir sus pataditas, cuando tiene hipo e incluso grabar los latidos del corazón de la madre para calmar al bebé una vez nacido».

Pronto podremos chatear con nuestro feto en tiempo real.

Al volver a casa, escribí en mi blog: «Su corazón late como los *samplers* de un *dj* enfermo de la mente, su corazón es electrónica pura mientras que el mío es una vieja canción de *rock progresivo*».

Llega un momento en la vida en que una debe reconocer que ya no será capaz de escribir la autobiografía sexual de una Lolita. Al toparme una y otra vez con las memorias de niñas italianas fogosas y adolescentes chinas aficionadas al sadomasoquismo, constataba que para el escándalo hay un límite de edad. O quizá no. En todo caso, yo no estaba dispuesta a hacer el ridículo por tan poco dinero y sin ninguna garantía de convertirme en una *best seller*, o sin ser al menos Catherine Millet, la crítica de arte francesa que contó cómo se la tiraba una turba de tipos en medio de un bosque y otras muchas intimidades. Hay momentos en que uno debe tomarse más en serio la vida que la literatura. Pocos pero los hay.

Al poco tiempo de llegar a Barcelona fui fichada por *Primera Línea*, una revista que durante los años ochenta había sido uno de los artefactos de la desinhibición cultural y una de las que más rápido se subió al carro de los tiempos. En suma: fue una de las pioneras en publicar tetas en la portada. Mi jefe, Guillermo Hernaiz, es el único auténtico hedonista que he conocido. Guillermo organiza fiestas *fetish* y pincha en los clubs de moda, y tiene siempre un encargo exagerado para mí. Soy su reportera gonzo favorita, su *kamikaze*, como le gusta llamarme. Bajo el seudónimo de